

El proceso de inculturación en la misión de los Agustinos Recoletos en Kweiteh (China)

Fray José Manuel Romero

Agustinos Recoletos • 2021
Honiton, Devon, Inglaterra

Cuando hablamos de evangelización en nuestros días no podemos menos de encuadrar esta actividad en lo que llamamos un proceso de inculturación en el que la Iglesia desarrolla su actividad misionera en contacto con los diversos pueblos y culturas. Por medio de este proceso de inculturación *«la Iglesia encarna el Evangelio en las diversas culturas y, al mismo tiempo, introduce a los pueblos con sus culturas en su misma comunidad; transmite a las mismas sus propios valores, asumiendo lo que hay de bueno en ellas y renovándolas desde dentro»* (RM 52).

Por eso el proceso de inculturación es un proceso amplio, bidireccional (entre el pueblo que anuncia el Evangelio y aquel que lo acoge), complejo y largo que abarca diversos estadios y que sobrepasa la acción limitada de los agentes de la misión en un momento y ámbito determinado, acompañando la historia y el proceso de evangelización de todo un pueblo.

Hablando de nuestra misión en China podemos estudiar y analizar la acción de los misioneros en aquel contexto determinado y en las dimensiones en las que ellos pudieron contribuir a lo que sería la obra de evangelización e inculturación del Evangelio en China.

Tomando como referencia la descripción del proceso de inculturación que hace San Juan Pablo II en su encíclica *Redemptoris Missio* (arriba mencionado) podemos distinguir varias dimensiones y aspectos en ese proceso de inculturación:

- Respecto a los **esfuerzos por encarnar el Evangelio en aquella cultura transmitiéndoles los valores evangélicos**, lo primero a lo que son llamados los misioneros es a insertarse en esos pueblos y culturas para poder hacer presente en medio de ellos la vida y el mensaje cristiano de un modo inteligible y significativo para el pueblo al que son enviados. Es un proceso que sigue la lógica y dinámica encarnacional por la que el Verbo de Dios se insertó en un pueblo en el que se formó y desarrolló como hombre, asimilando la cultura de su pueblo desde dentro y al modo humano.
- Respecto de los esfuerzos por comprender al pueblo y su cultura para **asumir lo que hay de bueno y renovarla desde dentro con los valores evangélicos**, los misioneros están llamados a una inmersión cultural que porta inevitablemente a una observación, análisis y descripción, más o menos reflexiva, sobre la realidad del pueblo al que se va a evangelizar. Los misioneros tienen que estar abiertos y receptivos para descubrir los valores y contravalores culturales que pueden favorecer o dificultar la recepción del Evangelio, así como influir en el modo en que deban ser presentados y vividos los valores evangélicos para que sean mejor comprendidos y acogidos.

- Respecto de los esfuerzos por **introducir a aquellos pueblos con sus culturas en la comunidad eclesial**, los misioneros están llamados a hacer lo posible por establecer una **iglesia autóctona madura y rica en sus diversos ministerios**, que enriquezca a la Iglesia Universal con la meditación, proclamación y vivencia inculturada del Evangelio que ellos, como Iglesia local, hacen.

Veamos ahora, en relación con esas dimensiones, ciertos aspectos concretos que nuestros misioneros en China tuvieron que afrontar y desarrollar para contribuir a este proceso de la inculturación del Evangelio en China en el ámbito de la misión de Kweiteh.

I. Proceso de adaptación e inmersión en la cultura y la vida del pueblo

“La Iglesia, para poder ofrecer a todos el misterio de la salvación y la vida traída por Dios, debe insertarse en todos estos grupos con el mismo afecto con que Cristo se unió por su encarnación a determinadas condiciones sociales y culturales de los hombres con quienes convivió” (AG 10).

La acción evangelizadora del misionero comienza con su propio proceso de adaptación e inmersión en un pueblo con su propia realidad sociocultural, nueva y distinta de la del misionero. Es un proceso de kénosis, de vaciamiento, de humildad, de renacer de nuevo en cierto modo. Con la llegada de nuestros misioneros a la misión, se enfrentaron a un proceso de adaptación a un mundo nuevo en todos los aspectos. Desde la mera adaptación física al clima, a las comidas, a la indumentaria, pasando por el aprendizaje del idioma y de la cultura, hasta ir adentrándose en el alma de un pueblo.

«Un mundo nuevo, del todo diverso, si no contrario, a cuanto en su vida ha visto y sentido. No es sólo el paisaje, son las costumbres, el carácter, la cultura, en una palabra, el alma china. No podrá llegar hasta el corazón de ese pueblo, aunque logre dominar el idioma con sus complicados ideogramas y sus extrañas expresiones, si no llega a asimilar también esa alma china. Tendrá que transformar su propia alma para obtener lo que el primer misionero colombiano en China en expresivo neologismo llamaba chinificarse»¹.

Así, nuestros misioneros cuentan cómo a su llegada a la misión había infinidad de cosas que les parecían muy raras y a las que poco a poco se fueron amoldando, hasta que al final les parecían normales. Cuando los nuevos misioneros llegaban destinados, la figura de los catequistas nativos era de gran ayuda a nuestros frailes para superar las barreras y dificultades culturales con que naturalmente se encontraban. Éstos hacían de puente, de intermediarios que allanaban el camino de acercamiento a los otros y que favorecían la resolución de los asuntos de la vida ordinaria.

Los religiosos se acomodaron al uso de los misioneros vistiendo la toga china, así como dejándose la barba al estilo chino, que era otro de los signos característicos de los misioneros en China. Los mismos misioneros descubrirían el sentido cultural que tenía y la importancia para el religioso de aparecer a los ojos de los chinos con ese porte. Según recogen los misioneros en un artículo de su revista misional, no se concebía en China un hombre de pro sin una hermosa

¹ («Aprendiendo a hablar», *TM* 11 [1938], 225-228, 226).

barba. Además, este aspecto cultural, como casi todo en la vida china, estaba regulado por la costumbre y no se dejaba a la iniciativa personal. Solo el que tenía nietos o era jefe de familia tenía el privilegio de llevar barba. Al ser emblema de edad madura, la barba inspiraba confianza y estima, suponiendo en quien la portaba sabiduría y experiencia, por lo que la gente al verlos los llamaba ancianos.

Además, cuando un hombre mantenía o se dejaba la barba después de la muerte de su esposa era señal clara de que no quería pasar a segundas nupcias y si, por el contrario, se afeitaba la barba, era señal de que quería tomar esposa de nuevo.

«Por lo tanto, al dejarla crecer, los Misioneros ostentan el marbete de que no son alquilables, que no son casaderos, sino que han renunciado al mundo para guardar el celibato, aplicarse al estudio y a la perfección, y dedicarse asimismo a procurar el bien del prójimo»².

En este encuentro entre dos culturas, se produjo una anécdota en relación con la celebración de la Navidad que nos ayuda a comprender el proceso de adaptación e inculturación que deben hacer los misioneros para que su acción pastoral y apostólica sea significativa en el lugar adonde van y, a su vez, puedan descubrir en los nuevos modos culturales dimensiones nuevas que enriquezcan la comprensión y vivencia genuina del misterio cristiano.

Para los misioneros que van a tierra de misión, la celebración de las primeras Navidades supone un momento en el que la distancia y el choque cultural se hace más evidente. Esta experiencia la vivieron de distinto modo los padres que estaban en Kweiteh y los dos padres que ya habían salido a los puestos de misión: los padres Mariano Gazpio y Mariano Alegría.

Los tres padres restantes de la primera misión y los cuatro padres recién llegados apenas hacía un mes, prepararon y solemnizaron la celebración de la Navidad en Kweiteh. Los misioneros arreglaron la capilla de víspera por la tarde colocando en una cunita una imagen del niño Jesús traída de España por uno de los misioneros. Presidió la misa el padre Ochoa, los frailes cantaron a coro la Misa *De angelis* acompañados al armonio por el padre Luis Arribas. Al final de la Misa los frailes dieron a besar la imagen del Niño Jesús mientras cantaban villancicos, al estilo de España. Veamos cómo lo describe el padre Sáenz:

«Una vez terminada la Misa, se dio a besar el Santo Niño, acercándose a besarlo todos los que a ella asistieron. Esta ceremonia era completamente nueva para muchos de ellos por lo que allí se vio; pues en vez de besar al Niño, lo que hacían era una o más inclinaciones, exactamente lo que hacen cuando se saludan unos a otros, y hasta se dio el caso, de que alguno de ellos se llevara en la boca unas pajitas de la cuna, creyendo sin duda, que los demás habían hecho lo mismo»³.

Con este ejemplo anecdótico y gracioso se echa de ver la dificultad de despojarse de formas culturales que están muy arraigadas en los misioneros, y la dificultad para entender que los demás no pudieran entender y comprender lo que a ellos les parecía de lo más natural.

² FR. J.M DE J. O.F.M., «Las barbas del Misionero», *TM* 3 [1930], 272-277, 273-274.

³ J. SÁENZ, «La fiesta de Navidad», *BPSN* 16 (1925), 158-160, 159-160.

La celebración de la Navidad de los hermanos que estaban solos en la campiña, en los puestos de misión recién fundados, fue muy distinta de la de Kweiteh; ¡humanamente tan distinta de lo que estaban acostumbrados y que tanta importancia tenía para ellos!

«Durante la Misa no oía, como en años anteriores, nada de canto, villancicos ni panderetas; ni veía en el altar ese derroche de luces y flores con que se acostumbra en Filipinas y en España engalanar el altar mayor»⁴.

Este choque brusco al que no estaban acostumbrados los llevó, sin embargo, a vivir de un modo más especial, más profundo el misterio que celebraban. En el despojo de sus propias formas culturales, en el encuentro con la sencillez y la pobreza, adquirieron más claridad para captar la profundidad del misterio y la belleza de la fe profunda de esas gentes sencillas.

Leamos estas profundas palabras del padre Alegría:

«Una capilla de nueve metros de larga por cuatro de ancha, al norte un altar con seis candeleros, una lamparilla que esparce sus trémulos rayos por el recinto, dándole el aspecto que debieron tener las catacumbas de los primeros cristianos, algunos cuadros por las paredes... Y nada más. Todo respira pobreza en aquel lugar sagrado.

[...] Y, sin embargo, aquí están estos pocos hijos tuyos, confesándote Rey del cielo y de la tierra en el misterio regalado de la cuna de Belén. Allí fueron los pastores, rústicos e ignorantes, los que te adoraron después de conocerte, aquí también son los humildes los que se postran ante Ti; allí fue un pesebre cubierto de pajas el que te recibió de las entrañas de tu Madre Virgen, y aquí tienes un mísero casucho por morada; fueron entonces los grandes de la tierra los que no te confesaron, y son aquí los potentados los que no te conocen.

“Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad”.

Sí, la paz, que es don del Cielo, para ellos; la paz en sus conciencias, la paz en sus familias, la paz en todo.

[...] Esta pobreza, este silencio, esta soledad han tenido la virtud de elevar el alma más arriba que los ruidos, las músicas y las alegrías. La rusticidad de cuanto me ha rodeado se me ha representado como un trasunto de la cueva de Belén, la visión de los cristianos arrodillados y entonando cánticos de alegría ante la cuna del Recién Nacido me han transportado en espíritu hasta las catacumbas de los primeros cristianos.

Una y otra han predispuerto mi alma para gustar, como nunca, toda la dulzura de este misterio de amor»⁵.

⁴ M. GAZPIO, «Cronica de China», *BPSN* 16 (1925), 197–201, 200.

⁵ M. ALEGRIA, «Notas de un diario. La noche de Navidad», *BPSN* 17 (1926), 512–515, 514.

II. Estudio del idioma

Dentro de ese proceso de inserción de los misioneros en la cultura, el aprendizaje y dominio de la lengua es un aspecto básico, fundamental y crucial para afrontar la evangelización. Es el principal camino de comunicación y de penetración en el espíritu y la cultura de ese pueblo.

Por eso el Concilio de Shanghái, celebrado aquel mismo año en que llegaron nuestros primeros frailes a Kweiteh, destacó la importancia de que los misioneros aprendieran el chino no de manera superficial, sino alcanzando un cierto nivel que les permitiera hablar y predicar con fluidez y fruto.

Por ello exigió que el primer año estuviera dedicado exclusivamente al estudio formal del idioma con maestro, lecciones y exámenes. Pasado ese año, se recomendaba vivamente otro año más bajo la guía de un misionero veterano, combinando el estudio de la lengua, incluidos caracteres si era posible, con la introducción a las labores pastorales.

Estas normas entrarían en pleno vigor en 1929 tras ser aprobadas por la Santa Sede, cuando el cuadro inicial de misioneros ya llevaba cuatro años en China.

La situación que monseñor Tacconi (Vicario Apostólico que cedió el territorio de Kweiteh a nuestra Orden) les ofreció a su llegada no fue esa. Los primeros misioneros no tuvieron un verdadero maestro, sino solo el acompañamiento del padre Cattaneo⁶ y de un libro de gramática.

Pasados seis meses tuvieron que abrir los puestos misionales, asumiendo poco después el papel de sacerdotes veteranos que ayudaban a los recién llegados con el idioma. El propio Ochoa, en medio de tantas responsabilidades, no tuvo la suficiente tranquilidad para poder dedicarse exclusivamente durante un tiempo adecuado al estudio de la lengua.

La situación posterior para los futuros misioneros, aunque mejorase algo respecto al tiempo dedicado, ya que el padre Ochoa, siendo responsable de la misión, concedió algunos meses más al estudio del idioma, nunca llegó al mínimo requerido de un año, adoptando un sistema similar al que ellos recibieron, sin un estudio formal con profesores nativos, sino dejando la enseñanza del idioma en manos de los religiosos más antiguos⁷.

En 1928, en su visita a la misión, el delegado apostólico, monseñor Celso Costantini, sugirió la posibilidad de que los misioneros fueran primero a Pekín a estudiar el mandarín en la universidad católica que se había abierto allí. Sin embargo, este proyecto y deseo fracasó⁸. No sabemos las causas de que fracasara este proyecto. Es cierto que hasta el año 1931 no hubo paz estable en nuestra misión, pero desde 1931 hasta 1937 hubiera sido un momento adecuado para poder haber hecho algo más en este sentido.

Siendo el chino, en comparación con las lenguas latinas, sencillo en su gramática, sin embargo, por la gran diferencia que representa en otros tantos aspectos se hace difícil su estudio y su

⁶ «El P. Cattaneo lleva doce años y raras veces predica. Otro de los padres que lleva cinco años, aún está por decir la primera palabra a sus feligreses» (J. OCHOA, «Carta del 2 de octubre de 1924 al P. Sádaba», AM, 113, 2, 140r-144v).

⁷ «Pedro va ahí a aprender chino, nada más que a aprender chino, y que llevando ya ocho meses en la Misión es hora de ir pensando en los exámenes. Dentro pues de cuatro, a lo más seis meses, llamaré aquí a los dos para que sean examinados» (J. OCHOA, «Carta del 19 de noviembre de 1935 al P. Arribas», [1935], AM, 113, 4, 120).

⁸ Cf. A. QUINTANILLA, «Nuevo obispo de Kweiteh (Honán - China)», *TM* 20 (1950), 9-11.

profundización⁹. Verdaderamente fue heroico el esfuerzo y el empeño de los misioneros para superar tantas dificultades con tan pocos medios. Se dedicaron con ahínco al estudio del chino, pero en unas condiciones y con unos medios tan pobres y con un tiempo tan reducido que es realmente imposible que pudieran poner unas bases sólidas para su apostolado posterior.

Decía el padre Elizondo: «Yo lo he cogido con verdadero empeño y no dejo la gramática sino para coger el breviario», si bien reconocía que «estudiándolo hay que mirar un rato al libro y otro rato al cielo para no desmayar»¹⁰. En el horario de la comunidad, queda reflejado que en esa época dedicaban dos horas diarias a las clases de chino y cerca de cuatro horas diarias para el estudio personal. Los padres usaban cuatro tomos de una gramática china en español en la que iban iniciándose en el idioma con la guía y ayuda del padre Cattaneo al principio y de los mismos padres recoletos más antiguos después. Así lo contaba el padre Joaquín Peña:

«Acudíamos a la celda reducida y desamueblada del Reverendo P. Alegría con nuestra gramática del P. González, dando el último vistazo a la lección del día. [...] Allí pasábamos un buen rato repitiendo las frases más usuales y, sobre todo, el modo ordinario que tenían los cristianos de nuestra misión para confesarse, pues esto era lo que más urgía»¹¹.

Tras ese aprendizaje ensayaban lo que habían aprendido con los chinos que se encontraban por la misión a fin de ir acostumbrando el oído a la entonación. Pese a sus esfuerzos, los frailes reconocerán a los nuevos misioneros la dificultad de llegar a pronunciar y distinguir bien los tonos, pero que lo importante era poder llegar a entenderse. Así lo narra el padre Solabre cuando llegó en el año 40 y expuso su dificultad a los padres que habían llegado años antes:

«Les descubrimos nuestra dificultad en el estudio del idioma chino, y nos contestan, con una sonrisa, que también ellos tropezaron con las mismas dificultades, y que por mucho que hagamos, nunca llegaremos a distinguir y emitir los cinco enrevesados tonos de la intrincada fonética del lenguaje; pero que lo principal es entenderse, y esto, con un poco de paciencia, ya lo conseguiremos»¹².

Dentro de esa situación inicial negativa de la misión recoleta en un aspecto tan crucial queremos, sin embargo, recordar la figura del padre Mariano Gazpio que, como recogen todos los testimonios, era el que más se había dedicado a estudiarlo y más progreso había hecho en el idioma. Con su actitud y empeño ejemplar, el padre Gazpio consiguió mejorar su propio nivel personal y el de los nuevos frailes en aspecto tan importante como este. Casi siempre era, de hecho, el padre Gazpio el encargado de predicar los sermones durante las ceremonias importantes y el que sería el maestro de chino encargado de completar la formación lingüística de los nuevos frailes que ya habían terminado en Kweiteh, junto con el padre Alegría, quien también

⁹ Entre las grandes dificultades se encuentran la lectura y la escritura de los miles de caracteres distintos, el hecho de que el lenguaje escrito culto varíe tanto del lenguaje hablado como el latín de las lenguas romances; la cantidad de caracteres homófonos entre sí y de caracteres polisémicos, así como los diversos tonos con que se pronuncian y los cambios de tonos que se producen dentro de las palabras; a esto se añade la cantidad de dialectos que hay y que varían grandemente de unos sitios a otros. Además, a causa del modo tan diferente de expresar las cosas respecto al modo que usan las lenguas occidentales, aun su gramática simple se puede hacer cuesta arriba si se quiere aprender la lengua teniendo como referencia y modelo de comparación la propia. Hay que intentar entrar en la lógica interna y en su sencillez gramatical y expresiva para descubrir su belleza, su fuerza y su genio.

¹⁰ S. ELIZONDO, «Ecos de China», *BPSN* 16 (1925), 87–88, 87.

¹¹ A. QUINTANILLA, «Nuevo obispo de Kweiteh (Honán - China)», *TM* 20 (1950), 9-11, 10.

¹² J. SOLABRE, «Carta al director de TM», *TM* 13 (1940), 95–98, 97.

hablaba bien el chino, la fase inicial del aprendizaje. Fue profesor de los padres Joaquín Peña, Pedro Colomo, Francisco Lizarraga, Matías Sáiz, Jesús Samanes y Venancio Martínez.

Para comprender lo precario de la situación que a este nivel tuvieron que vivir basta traer a colación la propia experiencia del P. Gazpio. Cuando tras los seis meses de estudio precario del idioma llegó destinado a su puesto misional, aquel encuentro con la realidad de la misión le produjo una profunda sacudida interior que le espoleó a dedicarse con todas sus fuerzas al estudio de la lengua, siempre con los escasos medios de que disponía. Así lo describe:

«Cuando llegué el día 28 de Octubre de 1924 llegué por la tarde a nuestra Casita Misión en Chen li Ku y vi aquellas casucas de tierra, de aspecto miserable y me encontré dentro de un pequeño patio, cercado de una tapia de tierra, frente a unos siete cristianos que me saludaban a su modo y con quienes no podía comunicarme, por no saber aún sino dos palabras de chino, el corazón al instante me dio una fuerte sacudida y poseído de una cierta tristeza interna penetré en la casuca que desde entonces sería mi continua morada»¹³.

Esta situación le duró pocos días. Movidó por la presencia piadosa de los fieles, que, aunque muy pocos, eran muy piadosos y constantes, palpó la necesidad de aprender pronto la lengua de los naturales para cumplir la santa misión que le había sido encomendada.

«Empecé con gran entusiasmo a estudiar un cuaderno de apuntes de la Confesión, sirviéndome del cocinero, del sirviente y de algún cristiano que encontraba en el patio. Así, estudiando en la celda, preguntando a los sirvientes y sobre todo pidiendo mucho a Dios N. Señor en la Santa Misa conseguí al poco tiempo lo que deseaba»¹⁴.

Pero una cosa era poder entenderse un poco y poder escuchar las confesiones de los fieles, otra cosa era el lograr predicar y explicar la doctrina, que era asunto que requería mucha más preparación, sobre todo por temor a explicarse mal o decir cosas incorrectas en materias tan importantes y delicadas. Cuando llevaba ya un año en China esta era su situación al respecto:

«Sin otro profesor que mi buen deseo de aprender el idioma de los naturales, y rodeado de gentes que no tenían idea de enseñar, ni que tampoco comprendían el porqué de ciertas preguntas que entonces les dirigía, bien puede comprender V. R. que, en tales circunstancias, a pesar de llevar en China todo un año, no me era posible expresarme con soltura en materias que de suyo requieren gran cuidado y atención»¹⁵.

El padre Gazpio cambió de método para poder adquirir un vocabulario, un lenguaje y una pronunciación adecuadas para la predicación:

«Pronto conseguí tener varios libros de doctrina, escritos en lenguaje sencillo, y desde entonces tomé por costumbre, después de estudiar en mi habitación un buen rato, llamar al sirviente para que me leyera en voz alta por espacio de una hora a la mañana y otra ora por la tarde, a fin de acostumar el oído a su pronunciación y poder aprender el idioma propio de la predicación y de la catequesis»¹⁶.

¹³ M. GAZPIO, «Carta del 14 de septiembre de 1934 (Chutsi) al director de TM», *TM* 7 (1934), 379–381, 380.

¹⁴ *Ibid.*

¹⁵ M. GAZPIO, «Carta de noviembre de 1935 (Kweiteh) al director de TM», *TM* 9 (1936), 24–26, 24.

¹⁶ *Ibid.*

Tras cuatro meses de esta disciplina el Señor se sirvió de un joven de dieciséis años, Pedro Mei, que al entrar en la capilla para los rezos de la tarde le susurró al oído con gran deseo: «Padre, predíquenos el domingo».

El padre Gazpio interpretándolo como un aviso y señal de Dios, confiando en su bondad, preparó una breve plática recogiendo algunas cuantas frases de algunos de sus libros. Les dirigió por espacio de cinco minutos la palabra indicando que de aquel momento en adelante les predicaría un poco todos los domingos y que después un catequista le completaría con la lectura de algún texto piadoso. Desde aquel día continuó predicando, estudiando y rezando con más ahínco para el bien espiritual de sus cristianos.

«En un principio mis pláticas eran de cinco minutos, después de ocho, más tarde de diez y de ese modo vi cómo Dios nuestro Señor me ayudaba cada día más a entender un poco, pero de utilidad para mis cristianos, de este difícil idioma chino»¹⁷.

III. Inmersión y asimilación cultural crítica

Aun cuando aprender el idioma sea fundamental y necesario como instrumento de comunicación y transmisión del Evangelio, no lo es menos que los misioneros lleguen a adentrarse en el espíritu y genio cultural del pueblo al que son enviados. La lengua es el producto cultural más importante de un pueblo, por eso el aprendizaje serio de la lengua es el mejor modo de poder asimilar la cultura; sin embargo, no es el único, hace falta que los misioneros además se imbuyan críticamente en todas las dimensiones culturales de la vida del pueblo, llevando a cabo una observación y análisis, más o menos reflexivo, sobre la realidad de aquellas gentes a las que se va a evangelizar. La cultura es la expresión de lo que un pueblo es, vive y siente, de sus valores e ideales, de su ideario y comprensión de sí mismo como individuos y como ser social en el mundo. Esta inmersión y comprensión de la cultura se hace desde el propio bagaje cultural del misionero que influye en el modo de comprender la diversidad del otro.

En el análisis de la realidad cultural, el misionero debe saber evitar tanto una *actitud etnocéntrica* como una *actitud relativista*. Una *actitud etnocéntrica* lleva a juzgar a los otros y su cultura solamente desde el punto de vista de los propios valores y de la propia tradición cultural, que se toma como valor supremo y norma. Es una visión que dificulta la comprensión de la nueva cultura y propende al juicio, la crítica, el desprecio... Por otro lado, una *actitud relativista* no es capaz de distinguir los aspectos positivos y negativos de la cultura tanto de origen como de destino.

Una actitud equilibrada debe llevar al misionero a tratar de analizar con objetividad, intentando entender y comprender el valor y el sentido que dentro de aquel sistema cultural tienen ciertas realidades que contrastan con las propias. Como se les recordaría a los misioneros en una instrucción de la Propaganda Fide, los misioneros *«deben llegar a los pueblos con la caridad del corazón, por la que, no metiendo a los demás en los propios moldes, se esfuerzan, con un espíritu abierto y bien dispuesto, a comprenderlos, estimarlos y amarlos»¹⁸.*

Este encuentro con una realidad cultural y social tan diversa, que contrasta en tantos aspectos con la propia, lleva también a un análisis y una comprensión más abierta y profunda de las

¹⁷ *Ibid.*, 25.

¹⁸ Cf. P. FUMASONI-BIONDI, «Instructio SCPF «Circa prudentiorem de rebus missionalibus tractandi rationem»», 269.

propias realidades culturales heredadas y asimiladas acríticamente. El proceso de adaptación e inmersión cultural y social del misionero es clave para el desarrollo de una acción evangelizadora eficaz y digna de ese nombre. La visión del misionero, a la hora de comprender, analizar y describir estas realidades, debe estar iluminada desde los valores evangélicos y estar orientada al desarrollo de la evangelización. Comprender la realidad sociocultural y el modo de ser de las personas desde el Evangelio, para saber cómo llevar y presentar el Evangelio de un modo más significativo y acomodado a su cultura e idiosincrasia.

Ahora veremos cómo fue este proceso en los frailes agustinos recoletos que desarrollaron su misión en Kweiteh; qué comprensión y valoración hicieron de valores culturales chinos, y del modo de ser propio de las gentes de aquellas zonas de la misión.

1. Idiosincrasia cultural del pueblo chino

En el encuentro con un pueblo de cultura e idioma tan diferentes, los misioneros bucearon en la psicología e idiosincrasia de sus gentes. Lo primero que llamó la atención a nuestros misioneros del modo de ser del pueblo chino era la moralidad y honestidad pública de su vida. Hecho influenciado por lo importante que es para ellos lo que llaman “la cara”, que es el aprecio y respeto social del que uno goza, lo que nosotros diríamos la buena fama o reputación. Este rasgo es realmente importantísimo para el pueblo chino en todas las manifestaciones de su vida social e importantísimo también para poder comprender la importancia e influjo que en las personas tiene la fuerza de lo socialmente considerado correcto. Explica el padre Alegría:

«Tener cara» significa entre los chinos ser hombre honrado y, por lo tanto, estar capacitado para intervenir en los asuntos, públicos o privados, con la autoridad que le presta su fama de hombre de bien».

Hay por eso una tendencia a considerar el comportamiento moral de las personas desde el punto de vista de una doble guía de ética pública: que los comportamientos se ajusten a lo socialmente correcto, permitido o tolerado, y que los comportamientos considerados indignos se mantengan en la esfera estrictamente privada.

De esta manera, se debilita el sentimiento de la responsabilidad en el terreno de la conciencia privada, donde «el principal juez de las acciones es el veredicto público, la opinión de las gentes, y, por consiguiente, todo lo que no se ve, todo lo que no se sabe, aun cuando sea esencialmente malo, es materia que cae fuera de su jurisdicción». Se podría decir que la importancia de “tener cara” o de “no perder la cara” tiende a un debilitamiento de la dimensión personal y objetiva de la moralidad y a una acentuación de su dimensión social.

Los padres notaron cómo estas características de su personalidad social, llevaban a los chinos, en general, a una desconfianza mutua en las relaciones personales dentro de la sociedad, por ser difícil penetrar en el interior del otro, que permanece grandemente velado. Si se refiere a los extranjeros, donde la diversidad de carácter, cultura e idioma ahondan la incompreensión mutua, la desconfianza hacia ellos aumentaba grandemente.

Otro aspecto que los padres descubrieron en su contacto con aquel pueblo era el modo que tenían de gestionar y resolver los asuntos. Solían hacerlo a través de las visitas¹⁹, con

¹⁹ «Cuando los chinos visitan, siempre llevan algo entre manos» (J. OCHOA, «Carta del 12 de enero de 1927 al Prior provincial Bernabé Peña», in *Cartas*, Gob. Cen. M.A.R., Leganés, Madrid 2000, 89–91, 89).

intermediarios²⁰, sirviéndose de banquetes²¹ y encuentros sociales en los que se buscaba un acuerdo no sólo en base a lo estrictamente legal, sino apelando a la conveniencia y al buen sentir²² de las partes en el caso a tratar.

Los frailes destacaron también el gran aprecio por los bienes materiales y las riquezas, así como una gran capacidad para hacer negocios.

«Al concepto material o mercantilista que tiene aquí la vida, lo mismo entre los ricos que entre los pobres, concepto que dirige y gobierna con absoluta independencia, que imprime a la vida el único ritmo con que se desenvuelve, que despierta en todos un afán desmedido de riquezas y que ha sido causa de que este pueblo, sufrido y constante como pocos, esté capacitado para intervenir en los negocios con éxito casi seguro»²³.

Un misionero describe con agudeza cuál sea el principio fundamental de los chinos para su éxito comercial:

«El principio del comerciante chino (infalible las más de las veces) ha de ser ganar mucho dinero en mucho tiempo, siendo el nuestro (inseguro casi siempre) hacer en poco tiempo redondo un dineral»²⁴.

Otro rasgo destacado por los misioneros y aprovechado en su acción misionera para atraer la atención de los chinos era “su innata curiosidad”. Así lo expresaba el padre Elizondo:

«Es preciso vivir en China para formarse idea de lo que en tales casos sucede; al menor ruido en la calle véase ésta llena de curiosos espectadores. Tengo para mí que el mayor martirio del chino que entre en religión será verse forzado a no asistir a los acontecimientos, grandes o pequeños, que se desarrollen cabe las tapias de su convento, y el que en este punto se venza doile desde luego por muy buen religioso, porque debe ser tal la curiosidad que invade todo su ser cuando algo de esto sucede, que no hay chino, por muy ocupado que lo supongamos, que no abandone su trabajo y se plante en la calle»²⁵.

Junto con estas cualidades descritas, en las que se pueden entresacar ciertos lunares, los misioneros descubren y describen cualidades de altísimo valor en comparación con su propia visión y cultura occidental que ellos representaban:

²⁰ «Los chinos no saben hacer [las cosas] de otra manera. Para todo, absolutamente para todo, necesitan un intermediario, y es que los chinos no pueden hablar delante o cara a cara. (...) Venía a hablar de su compañero, porque su compañero no se atrevía a tratar la cuestión directamente, y como él tampoco se atrevía a tratar lo que a él le tocaba, se lo expuso a los cristianos» (*Ibid*, 90).

²¹ «A pesar de todo, y viendo las apariencias a favor nuestro, para ir con pie seguro, invité en varias ocasiones a las autoridades civiles y militares de la ciudad, quienes se declararon abiertamente dispuestos a apoyarme en todo cuanto estuviera de su parte. A veces, con un banquete se consiguen más victorias que con mil razones» (V. MARTÍNEZ, «Carta de 11 enero de 1940 (Yucheng) al P. Javier Ochoa», *TM* 13 (1940), 44–46, 44).

²² «Aquí la ley no tiene el rigor y la inflexibilidad que se le da ordinariamente en los países occidentales. Aquí, no sé si decir sobre la ley o al lado de la ley, hay un margen muy apreciable para el buen sentido; el cual se encarga de declarar en la práctica si aquella es o no aplicable en determinados casos. Se reúnen los interesados cuando esos casos llegan, se habla larga y reposadamente sobre la dificultad y, o la ley se cumple o se suspende, sin dejar de serlo, para dar cabida a lo que he llamado buen sentido, el cual prevalece tanto o más que la letra de la ley» (TAHUTSE, «Ecos de nuestra Misión de Kweiteh», *TM* 13 (1940), 52–57, 55).

²³ TAHUTSE, «Aspectos de la vida misional en China», 405-406.

²⁴ L. ARRIBAS, «Desde China. Notas sueltas», 29.

²⁵ S. ELIZONDO, «Correrías apostólicas», *BPSN* 17 (1926), 671–676; 691–696, 692.

- El pueblo chino es bueno y moralmente sano; mansamente alegre, sin el vértigo de la vida occidental, llevada con una placidez por la que se deja entrever un caudal de energías intacto, de valor inapreciable para el futuro desenvolvimiento de la nación.
- Tienen respetos y deferencias para los extranjeros, y aun cuando no sientan simpatía por ellos, se comportan con etiqueta y formas corteses.
- Trabajador, sobre todo, no pide más que trabajar en paz, ocupándose poco de las ideologías políticas de una minoría de intelectuales y militares. Son de ánimo tranquilo y pacífico, aborrecen la guerra y arreglan sus disensiones sin derramamiento de sangre.
- Los chinos superan a los occidentales en voluntad y firmeza y «tienen un tesón para esperar y una constancia para no cejar en el empeño, que no se rinden ante ninguna clase de adversidades, y sí solo ante los hechos consumados e inexorables»²⁶.
- Incluso ante las desgracias sin remedio, el pueblo chino sabe responder como ninguno:

«Os digo yo, que ya llevo tantos años en contacto con este pueblo, estoy admirado de su poder de resistencia, de su paciencia casi sublime, de su estoicismo sin límites, para soportar pesadumbre tras pesadumbre. Pueblo tan probado por todo género de calamidades como éste no lo he visto jamás. Y pueblo que resista con tanta naturalidad, casi con alegría, todavía menos»²⁷.
- Es un pueblo de fina perceptiva para recordar los beneficios recibidos y agradecido en extremo para con sus benefactores.

2. Dimensión religiosa del pueblo chino

Dentro del análisis de la cultura del pueblo, el aspecto religioso ocupa un apartado especial, teniendo gran transcendencia para el proceso de transmisión inculturada del Evangelio, como no podía ser de otra manera.

a) Creencias religiosas chinas

El conjunto de creencias y formas religiosas chinas constituían una amalgama que iba desde el politeísmo idolátrico, pasando por el panteísmo, llegando hasta el ateísmo agnóstico y materialista de muchísimos individuos de las clases altas.

El politeísmo idolátrico había recibido un enorme influjo benéfico de la ética confuciana, por lo que nunca se había mezclado con ritos de sacrificios humanos, o de ritos licenciosos de carácter sexual.

Su religiosidad estaba marcada, en muchos casos, por un carácter mercantilista, de compra-venta: tanta adoración o culto como beneficios a conseguir²⁸. En muchos casos se movían más

²⁶ TAHUTSE, «Aspectos de la vida misional en China», 406-407.

²⁷ TAHUTSE, «Crónica de la Misión», 162-163.

²⁸ «En el panteón chino hay tres divinidades a quienes llaman los “Tres Puros”, quienes como no tienen nada que dar andan a la última pregunta en eso de recibir el culto y las ofrendas humanas. Por el contrario, están la diosa de la merced y el “Kuan-ti ho”, Dios de la guerra, que, a causa de la superabundancia de los dones que pueden conceder, tiempo les falta, pues todo lo necesitan para recibir de lo que los anteriores andan tan carentes» (*Ibid*, 86–87).

por el temor a los ídolos y por evitar desgracias, que por veneración y por obtener gracias especiales²⁹.

En muchos casos estaba marcada por un carácter meramente ceremonial tradicional³⁰. En general era una religiosidad compuesta de un conjunto de creencias y ritos heredados y aceptados pasiva y acríticamente como un legado cultural³¹.

b) Indiferentismo

Aparte de las manifestaciones religiosas descritas, lo que realmente golpeó la percepción de los misioneros sobre la religiosidad de los chinos era su tremenda indiferencia religiosa o irreligiosidad. Había cantidad de pagodas, pero completamente en ruinas, que servían de establo, de guarida de bandidos... Sólo se acordaban de sus dioses en año nuevo y en las grandes calamidades, y si no les libraban de ellas eran objeto de sus ataques.

Ese indiferentismo religioso lo veían muy influenciado por la concepción materialista de la vida y por la pobreza extrema en la que se encontraban.

«El resultado de esta búsqueda angustiosa de los medios de subsistencia y los hábitos que esto ha creado y fijado en el promedio de los chinos, ha sido el dar a su concepción de la vida una base materialista y de aspiraciones las más intrascendentes en las que no resaltan sino dos hechos. Dinero y comida son los dos focos de la elipse china alrededor de la cual gira toda la vida social y que dejan sentir su deformadora influencia en la vida religiosa»³².

3. Arte chino - edificios sagrados

Respecto de esta dimensión de la cultura y de su conexión con la evangelización, el Padre Ochoa, como responsable de la misión no estuvo a la altura de lo que hubiera sido posible en aquellos momentos debido a las circunstancias en que se desarrolló la edificación de los edificios sagrados en nuestra misión. Y eso por el hecho que el Delegado Apostólico en China era monseñor Costantini, quien fue pionero y gran impulsor de la inculturación artística en la construcción de los edificios eclesiales. En este sentido, con motivo de los planes de construcción de la nueva iglesia de Kweiteh, hubo sugerencias de monseñor Costantini al padre Ochoa para que tomara en consideración usar el arte chino en su construcción y decoración.

²⁹ «Da verdaderamente lástima entrar en un templo chino y ver a estos pobres postrarse y ofrecer sacrificios a sus horrorosos ídolos. Una gran parte de China rinde culto al demonio y veneran unas imágenes que infunden pavor a cualquiera que las mira. Sólo los chinos, que hacen todo por temor, pueden postrarse ante semejantes monstruosidades. Si oran, y ofrecen sacrificios, esperan que su Dios los libre de alguna calamidad, y nunca para conseguir gracias. Sin duda, todos saben que sus dioses no pueden dar nada bueno, y que lo más podrían liberarlos de las desgracias» (J. OCHOA, «Cartas de China», 283).

³⁰ «Por otra parte, en muchos casos el culto pagano chino es una mera rutina ceremonial, maestra de la pasividad mortal de la conciencia religiosa china que se doblega sin chistar, ni aun en deseo, ante el inmenso peso de las tradiciones antiguas y que se retrata perfectamente en estas palabras de un chino que, preguntado el porqué de su culto a una divinidad cuya naturaleza exacta ignoraba, respondió: “los antiguos así lo hicieron y yo lo hago como ellos. Si esto tiene alguna utilidad ¿quién lo sabe?”» (G. UGARTE, «Perfiles de la vida religiosa en la China pagana.», 88).

³¹ «El chino es uno de los pueblos de menos preocupaciones teológicas. La inmensa mayoría de los chinos se limita a abrazar pasivamente el cúmulo de creencias religiosas, muchas de ellas ridículas, que encuentra en el ambiente en que nace y vive, sin entrar nunca ni aun ocurrírsele entrar en el menor examen crítico de ellas» (*Ibid.*, 57).

³² *Ibid.*, 56.

«Vi el diseño de la nueva Iglesia y estoy admirado. Los arquitectos son verdaderamente expertos y dieron una forma muy hermosa a la futura Iglesia. Pero, a mi juicio, lo que es bello y conveniente en Europa, no tiene el mismo lugar en China.

Como ya escribí a su Paternidad, ahora, que avanza la obra de las Misiones, parece que haya llegado el tiempo de considerar si acaso no haya de ser usado en China el estilo artístico chino, para demostrar también desde este punto la catolicidad de la Iglesia.

[...] Lo digo con espíritu fraterno, porque debemos combatir de todos los modos posibles el prejuicio de que la religión cristiana sea extranjera. ¿Por qué en lo exterior ha de presentarse, pues, de ese modo? Las cosas que quizás fueron buenas hasta ahora se verán menos bien en el futuro.

Le digo esto no como dando un precepto, sino sólo como norma directiva y consejo. Tú verás, según tu responsabilidad, qué piensas que sea oportuno hacer»³³.

Sugerencias estas, que no encontraron eco ni acogida en la mentalidad de monseñor Ochoa. De hecho, la Iglesia se construiría entre el 1929-1930 con su estilo occidental original. Aun cuando manifestó al Procurador general que había tiempo para pensarlo hasta que se hiciera realidad el proyecto, de hecho, no lo pensó más, pues tenía las ideas muy claras al respecto, y no compartía el empeño de monseñor Costantini en este asunto. Así se expresa el padre Ochoa:

«Me extraña, o por mejor decir, no me extraña que el Sr. delegado haya llevado la cuestión de la iglesia tan lejos. No deja de ser un parecer propio suyo.

¿Acaso nuestra madre la Iglesia no tiene un estilo propio que debería seguirse en todas partes? ¿Qué cosa más bella que un templo de estilo gótico o romano si el estilo es puro como debe ser?

Nuestro señor delegado cree que en China debemos hacer todo a lo chino, como si con eso se resolviera el problema de conquistar a China espiritualmente.

En cambio, los misioneros creemos que, puesto que nuestra santa madre la Iglesia no tiene que ver absolutamente nada con las diferentes sectas protestantes que aquí hay ni con la infinidad de religiones chinas, debemos hacer patente esa diferencia hasta en lo exterior, si es posible.

Pero, bueno, aún hay tiempo para pensarlo, que la iglesia de Kweiteh no la haremos esta semana ni la que viene»³⁴.

Posteriormente, entre los frailes de la misión, habría algunos que aceptarían el mensaje de monseñor Costantini, haciéndose eco de él en la revista misional y presentándolo como lo más natural y concorde con la naturaleza de la Iglesia Católica y de la misión³⁵.

³³ (C. COSTANTINI, «Carta del 22 de septiembre de 1925 al P. Ochoa», [1925], ASV, Arch. Nunz. Cina, b. 29, fasc. 64, 38).

³⁴ J. OCHOA, «Carta del 14 de febrero de 1927 al procurador general, Daniel Delgado», en *Cartas*, Gob. Cen. M.A.R., Leganés, Madrid 2000, 94, 94.

³⁵ Cf. J. SAMANES, «Estampas misioneras. «Instaurare omnia in Christo»», *TM* 7 (1934), 281-284. El P. Gregorio Li, presentó en el Boletín de la Provincia el libro de Costantini: «El Arte Cristiano en las misiones». G. Li, «El problema de la cristianización del arte indígena», *BPSN* 33 (1943), 67-69; 87-90; 109-111; 134-136; 155-157; 184-185.

IV. Promoción de Escuelas Medias y la Difusión Cultural

Otro aspecto puesto de relieve por el Concilio de Shanghái en orden a impregnar del Evangelio el mundo cultural chino fue la promoción de escuelas medias y la difusión cultural de obras apologéticas y religiosas en medio de las clases más instruidas.

En este aspecto la acción desplegada por nuestros misioneros fue deficiente o nula, debido a que son obras y apostolado que requieren un mayor asentamiento y preparación a todos los niveles, en especial en la formación cultural y lingüística, que fue el verdadero punto flaco en la formación de los recoletos. El padre Ochoa no fue quizá lo suficientemente sensible en este punto, como ya hemos apuntado al hablar del estudio del idioma por parte de los religiosos y religiosas.

Aun así, considerando las circunstancias por las que pasaron, la cantidad de frentes apostólicos que tuvieron que afrontar y el número reducido de religiosos, así como las mismas características geográficas de los puestos misionales, alejados de los centros comerciales y políticos donde había una mayor presencia de laicos chinos instruidos en la cultura occidental que pudieran servir de puente y ayuda en esta obra cultural y de inculturación del mensaje cristiano, era muy difícil que, aunque hubieran mejorado algo el proceso de estudio del idioma, hubieran sido capaces de desarrollar un apostolado cultural de cierta relevancia.

V. La creación de una Iglesia Autóctona

Pero la inculturación es no sólo la presentación inculturada del mensaje evangélico, sino también la introducción de aquellos pueblos con sus riquezas culturales sanadas y purificadas por el Evangelio en la comunidad eclesial. Por eso los esfuerzos por formar a las personas de esos pueblos para los diversos ministerios eclesiales es una de las prioridades de la evangelización inculturada, encaminada a poder formar una iglesia autóctona madura y rica que enriquezca a la Iglesia Universal con su propia vivencia y anuncio inculturado del Evangelio.

Respecto de este aspecto, es de destacar la labor y esfuerzo que nuestros misioneros y religiosas hicieron en tan pocos años y con tantas dificultades motivadas por lo convulso de la situación sociopolítica a lo largo de las diversas etapas de la misión.

1. Formación de catequistas indígenas

Si el dominio del idioma es fundamental en el proceso de inculturación del Evangelio, también lo es la formación de personal indígena que ejerzan como catequistas de sus propios compatriotas, siendo estos un eslabón intermedio a través del que terminar de adaptar el mensaje evangélico anunciado por los misioneros en un modo más cercano y próximo a los modos culturales de expresión y comprensión de los evangelizados.

Los catequistas eran la “mano derecha” del misionero. Eran ellos los que preparaban y abonaban el terreno para después sembrar en ellos la semilla del evangelio y cuidar en lo sucesivo de que ésta naciera, creciera y se desarrollase con exuberancia y vigor. En un campo de misión donde las poblaciones se desperdigaban por múltiples villorrios, la presencia de un catequista era vital en todos los ámbitos. Cuando los catequistas faltaban, los cristianos se entibiaban, sus hijos

crecían sin instrucción religiosa y los catecúmenos no conseguían prepararse debidamente para recibir el sacramento del bautismo³⁶.

A esto se añade el papel vital de los catequistas nativos en cuanto se refiere a la capacidad de entender y conectar con el modo de ser y de sentir de la gente y a la presentación acomodada del evangelio en un mundo con tanta prevención hacia lo extranjero. Si era importante la figura del catequista en el proceso de adaptación e integración sociocultural de los misioneros, aún más lo era en relación con la misión evangelizadora y catequizadora. Dice el padre Alegría:

«Catequistas, porque el misionero tiene ordinariamente a su cargo un distrito enorme con miles de kilómetros cuadrados y cientos de miles de paganos, en el centro de cuyo escenario es como una gota de agua en la inmensidad del mar; catequistas, porque el misionero ha venido, en la mayor parte de los casos, de tierras lejanas, trayendo en su espíritu las características de esas tierras, españolas, francesas o italianas, sin lograr nunca, porque ello es imposible, desprenderse de ese lastre que constituye su propio ser; catequistas, porque la tarea de insinuarse, de infiltrarse, de dejarse sentir y comprender, que hemos dicho es la predicación, siempre lleva la ventaja, en igualdad de circunstancias, el que desde la propia tierra, y de la propia raza, y de la propia sangre, sobre el que, no siéndolo, se despoja por amor de Dios, sin lograrlo completamente, su propio ropaje de extranjero»³⁷.

¿Cómo era la situación que se encontraron los religiosos y cómo fueron superando las dificultades para llevar a cabo lo que consideraban una de sus labores más importantes: «preparar muchos, buenos y leales catequistas»³⁸.

Al inicio, en el tiempo de formación y aprendizaje de los misioneros «los catequistas resultaban piezas sueltas que, sin el engranaje debido, no podían funcionar; el brazo de un cuerpo que no existía más que en potencia»³⁹. A medida que los misioneros se fueron formando y entrando en situación, comenzaron a darse cuenta de los problemas que empezaban a surgir con la presencia de catequistas que no tenían la debida formación para ejercer de manera adecuada su misión.

Los misioneros, dándose cuenta del problema de fondo, se plantearon el problema de qué hacer, y tomaron la decisión firme de fundar una escuela de catequistas de donde sacar «catequistas instruidos y formados por ellos mismos, que, desembarazados de los cuidados de familia y hacienda, se dedicasen exclusivamente a los trabajos y funciones catequísticos en los distritos de la Misión»⁴⁰.

Había, sin embargo, una barrera infranqueable en aquel entonces, y era el dinero que suponía fundar la escuela y esperar los años de formación requerida. Por eso, mientras se hacía realidad la escuela de catequistas, los frailes intentaron traer catequistas de otras misiones y hacer lo que podían con los catequistas que tenían, reuniéndolos para darles formación intensa, tener Ejercicios Espirituales y retiros, visitar las escuelas con cierta frecuencia... aun cuando no siempre dieran los resultados deseados.

³⁶ Cf. M. GAZPIO, «Cartas al padre Javier Ochoa», 235.

³⁷ M. ALEGRÍA, «Más frutos», *TM* 10 (1937), 293-298, 296.

³⁸ P. ZUNZARREN, «Desde China», 250.

³⁹ M. ALEGRÍA, «Los primeros frutos», 226.

⁴⁰ A. LACRUZ, «Avance consolador. Catequistas Agustinas de Cristo Rey.», 228.

Cuando las circunstancias fueron mejores, y haciendo un importante sacrificio económico⁴¹, de trabajo y de paciencia, se pudo poner en marcha y llevar adelante la añorada escuela catequética en la que se pudiera ofrecer la preparación larga, esmerada y minuciosa que la formación de los deseados catequistas requería.

El padre Sabino Elizondo, quien se distinguía por su brillantez intelectual y agudeza de ingenio, por su sobresaliente capacidad para los escritos profanos y religiosos, tras un breve tiempo de preparación en la lengua se había dedicado principalmente a la debida formación de los catequistas, misión en la que se distinguía no poco entre todos. Por ello, en agosto de 1932, se le nombró director de la escuela de catequistas. Trabajó en la obra con su celo y entusiasmo habituales: adecentó lo que había y construyó de nueva planta una devota capilla y un dormitorio capaz para treinta personas.

Mientras, «los demás Padres misioneros, siguiendo las órdenes y reglas dadas de antemano por el padre Prefecto, se dedicaban a la tarea de seleccionar, de entre los jóvenes cristianos de la misión, los más aptos para el sublime ministerio del apostolado. Veintidós jóvenes, pertenecientes a las seis subprefecturas, fueron los afortunados».

Con la escuela terminada y los candidatos seleccionados, se procedió el 30 de enero de 1933 a la bendición de las dependencias. La escuela quedó oficialmente inaugurada con el nombre de: “Escuela de Catequistas de Cristo Rey”.

Comenzó a andar con 26 estudiantes, chicos de entre 20 y 30 años de edad, a los que se les garantizaba el alojamiento, la comida y la instrucción de manera gratuita. El ciclo formativo duraría tres o cuatro años.

Tras dos cursos, el padre Elizondo, salió de la misión para Filipinas. El padre Mariano Gazpio sería el nuevo director, cargo que ejerció hasta que se cerró definitivamente en 1942 tras la entrada de Japón en la guerra mundial. Durante el curso 1936-37, que fue a España de vacaciones, fue sustituido por el padre Quintanilla.

Con el padre Gazpio, el primer grupo de alumnos completará el ciclo de tres años, consiguiéndose graduar diez de ellos. Al año siguiente se graduarían otros ocho jóvenes⁴². El padre Alegría, que participó en el tribunal examinador expresaba así los sentimientos que le produjo la graduación de los primeros catequistas:

«La prueba constituyó para mí una de las mayores satisfacciones de mi vida. Todos ellos demostraron dominar las materias objeto de examen. Rapidez, claridad, dominio completo. Estos chicos serán buenos catequistas. [...] Por fin vamos a tener catequistas, pero catequistas como nosotros los queremos, como los reclama la necesidad y el ambiente, catequistas conscientes y enterados del oficio»⁴³.

En esos dos años se estableció una muy buena relación y sintonía entre el padre Gazpio y los estudiantes. Introdujo los ejercicios diarios de oratoria, que produjeron un buen resultado en su formación y consiguieron que se acercasen espiritualmente a su padre director.

⁴¹ Se invirtieron 5400 dólares en la obra de fábrica y en la dotación completa del mobiliario. El sostenimiento de la misma ascendía a no menos de 1600 dólares anuales (Cf. S. ELIZONDO, «Carta al Director de Todos Misioneros»).

⁴² Cf. TAHUTSE, «Crónica de la Misión».

⁴³ M. ALEGRÍA, «Los primeros frutos», 229.

2. Formación de Religiosas Indígenas

Uno de los proyectos de los misioneros para las niñas huérfanas que desde los inicios recogieron en la obra de la Santa Infancia era que, recibiendo una esmerada educación cristiana desde niñas, fueran catequistas que pudieran consagrarse en la vida religiosa. Serían el germen de la deseada congregación indígena femenina, que pudiera dar un fuerte impulso a la evangelización de sus compatriotas⁴⁴ y a la indigenización e implantación de la Iglesia local en Kweiteh.

La formación que recibían era de un año de postulante en el que se completaba su formación religiosa y se les daba tiempo para madurar su decisión de abrazar la vida religiosa, y de un año y medio de noviciado, donde aprendían las exigencias esenciales de la vida religiosa y se ejercitaban en la práctica de los consejos evangélicos. Terminado el noviciado, profesaban por un año, que renovaban anualmente durante tres años, tras los cuales emitían la profesión perpetua.

Desde la fundación fueron admitidas 25 candidatas. Las primeras 9 religiosas profesaron los votos simples el 29 de diciembre de 1936. El 20 de diciembre de 1937 profesaron otras 4, y el 5 de julio 1940 profesó otra tanda de 9.

3. Formación del clero indígena

En cuanto a la adaptación misionera y a la indigenización de la Iglesia, el Concilio de Shanghai propuso la constitución de la Iglesia indígena como el fin primario de la misión, junto con el anuncio del Evangelio a los no cristianos. Por ello, los institutos misioneros no debían considerar las misiones encomendadas como propiedades de su propio instituto, sino que debían, por el contrario, promover y formar las vocaciones y el clero indígena.

Para cultivar las vocaciones indígenas, la Propaganda Fide erigió un seminario mayor regional en la capital de Henan, Kaifeng. Para que el seminario regional se pudiera nutrir de seminaristas, cada una de las vicarías y prefecturas tenía que proveerse de un seminario menor donde cultivar las vocaciones.

El padre Ochoa, nada más ser nombrado prefecto, se apresuró a poner por obra los deseos de la Iglesia y aun en circunstancias muy difíciles se empeñó en llevarlo adelante.

«Deseoso nuestro Rvmo. P. Prefecto de seguir en todo las normas de acción misional trazadas por el Supremo Jerarca de la Iglesia, pensó tan pronto como tomó posesión de su cargo, en llevar a la práctica la que de modo tan manifiesto con tantas instancias se recomendada y mandada por el Santo Padre, sin que fueran parte a quebrantar su decisión ni a mermar sus entusiasmos las muchísimas dificultades que la más elemental previsión sugería que saldrían al paso en una misión como la nuestra, que acababa de ser erigida, donde el personal aún era muy escaso, muchas cosas esenciales para ejercer con fruto el apostolado estaban todavía en su periodo de constitución y otras menos aún que en mantillas, y en la que los jóvenes que para futuros seminaristas se eligiesen habría que comenzar por hacerlos primero cristianos»⁴⁵.

⁴⁴ «En los viajes apostólicos que emprendan esas Misioneras por los extensos distritos de la Misión, no tropezarán con el obstáculo y dificultad de poder entenderse claramente con los paganos. Las Catequistas, chinas como ellos, conocedoras de las costumbres, carácter y aficiones de sus compatriotas, hablándoles con todas las modalidades de su propia lengua, se insinuarán, ayudadas por la gracia, en el alma de tantos desgraciados idólatras, que yacen sumidos en las sombras mortales de la infidelidad» (*Ibid.*, 231.)

⁴⁵ L. PEÑA, «Nuestro seminario menor», *TM* 5 (1932), 23–27, 24.

Pasado un año de la erección de las escuelas preparatorias, se consiguió establecer el seminario menor. La obra del seminario exigió de la misión un esfuerzo económico importante en su conjunto: al coste de las obras se añadía el de los libros y del material didáctico y el de los salarios de los maestros de lengua china, así como la alimentación y el vestido de los seminaristas durante el larguísimo tiempo de la carrera eclesiástica.

Posteriormente, en 1939, se construiría un nuevo seminario más capaz. En todos los años del seminario pasaron por él entre 60 y 70 seminaristas, de los que llegaron a ordenarse 17.

Se puede decir que la orientación vocacional y la formación espiritual, religiosa y hasta científica de los religiosos chinos fue obra del celo, diligencia y constancia que el padre Joaquín Peña desplegó en los 16 años en los que estuvo al frente del Seminario. Él fue rector, y maestro de novicios y director espiritual de los profesos chinos que en aquellos años ingresaron en la Orden, hasta que en 1947, enfermo, tuvo que ir a Shanghái y de ahí regresar a España.

VI. Evangelización e Inculturación

Nuestros misioneros no sólo hicieron notables esfuerzos por poner en práctica una evangelización inculturada, sino que a través de la formación teológica trataron de comprender la acción misional como una acción evangelizadora inculturada y adaptada o contextualizada, y así lo expusieron en distintos artículos de la revista misional.

Nuestros misioneros comprendieron la obra misional como obra “evangelizadora” y no mera obra “civilizadora”. Debía ser obra que, sin descuidar la acción social asistencial y de desarrollo, llegase al corazón de las personas y de las sociedades para iluminarlos con el Evangelio y ganarlos para Cristo.

«La solución que hoy ha de darse al problema misional no ha de ser una solución cualquiera, como es, por ejemplo, la que le dan los misioneros protestantes. Conviene, sí, rehabilitar al hombre, darle conciencia de sí, hacerle partícipe de los beneficios de la cultura, del progreso, de la vida social. Mas ésta es obra de civilización, no de verdadera evangelización. Cuando los protestantes hayan logrado que los infieles acepten las costumbres de las naciones cristianas, ¿los habrán, por ventura, hecho cristianos? La solución que nosotros queramos dar al problema debe ser completa, radical. No basta bautizar: es necesario transformar»⁴⁶.

Debía evitarse, pues, una evangelización superficial, que buscase sólo un crecimiento numérico mediante la mera administración del bautismo⁴⁷, pero que no incidiera profundamente en la persona y no cambiara por tanto la sociedad y la cultura.

⁴⁶ C. CARMINATI, *Compendio di missiologia*, 51-52. Cuyos textos son citados y asumidos por el P. Quintanilla en A. QUINTANILLA, «Importancia y gravedad del problema de las Misiones», 144.

⁴⁷ «Es muy de lamentar que tratándose de Misiones y Misioneros se dé en estos tiempos tanta importancia a las cifras y no se repare más en esos datos que suelen quedar de ordinario ocultos entre Dios y los Misioneros. Pensemos en aquellos siglos en que sólo Dios llevaba cuenta de las hazañas y heroísmo de sus Misioneros, y a pesar de la ignorancia en que el mundo estaba de sus trabajos y sacrificios, conquistaban silenciosamente naciones enteras para Dios» (J. OCHOA, «Carta Pastoral», 8).

Debía ser obra de evangelización “inculturada” que respetase y siguiese los modos culturales de los pueblos, y con la virtud del evangelio edificase en ellos una cultura autóctona cristiana, purificada sólo de sus elementos y estructuras de pecado.

«La obra misionera debe ser obra de adaptación al medio ambiente, de tiempo y lugar, donde se desarrolla. Cada pueblo tiene su característico modo de ser, sus costumbres, su cultura, etc., y el misionero no debe tender a destruir nada de esto, sino a adaptarlo al gran molde del Evangelio, dentro del cual caben todos los pueblos, [...] “Id a todas partes, dijo Jesús a sus discípulos, y predicad el Evangelio a toda criatura”. Y en este mandato está fundada la universalidad de la Iglesia y al mismo tiempo su fuerza de adaptación a toda clase de gentes. Vienen después los diferentes medios de predicación y de evangelización y de llevar a la práctica el mandato de Jesucristo y en esto el espíritu misionero ha de ser amplio, comprensivo, generoso. Fuera de aquello que va claramente contra Dios o contra la moral fundada en los principios del decálogo, nada se ha de destruir. La misión de la Iglesia y por ende la de los misioneros, no ha de ser in destructionem sed in aedificationem, no para destruir sino para edificar»⁴⁸.

Esta obra no solo debía ser inculturada, sino también “adaptada” a sus diferentes tipos de interlocutores, pues la obra de evangelización, «fuera de caso singularísimos, milagros de la gracia -decimos-, obra más o menos según las disposiciones o adaptación de los individuos para admitirla»⁴⁹. Por eso, en lo que respecta a los métodos concretos de llevar a cabo el mandato misionario, «no debemos ser exclusivistas; caben todos aquellos que sean razonables y mejor se acomoden al modo de ser y costumbres de estas gentes»⁵⁰.

Según esto, los misioneros distinguían, según su propia experiencia, entre la gente sencilla y rural, y la gente de cultura y de las ciudades, así como la juventud. Para los primeros el método evangelizador tradicional desarrollado por los misioneros se consideraba muy eficaz, pero para los segundos era necesario introducirse en el mundo de la cultura y, sobre todo, de las escuelas.

Como resumen de la acción evangelizadora y actitud de inculturación en el espíritu misional de nuestros misioneros, sirvan estas palabras del P. Jesús Samanes:

«¿Qué hacer? Descalzarse para poder andar por esta tierra pagana, es decir dejar lo que de más caro tenemos, nuestros gustos, y al igual que San Pablo, obra del gran prodigio de caridad de hacerse todo para todos para salvar a todos, puesta la mirada en Cristo, que es quien nos ha de dar el valor. [...] Cada pueblo tiene sus costumbres, su arte, su civilización, que es preciso respetar; y en ninguna parte más que en China, que se gloria de tener una civilización antigua, debe el misionero hacerse a todo para salvarlo todo»⁵¹.

⁴⁸ A. QUINTANILLA, «Escuelas en China», *TM* 18 (1948), 166-168, 166.

⁴⁹ (Cf. *Ibid.*, 167).

⁵⁰ *Ibid.*

⁵¹ (J. SAMANES, «Estampas misioneras. «Instaurare omnia in Christo»», 281-282).